

# Voces y letras en insumisión

Un escenario velado impide, hasta hoy, que la política se constituya en el eje articulador, orientador y promotor de los procesos de cambio en América Latina, porque la naturaleza y los elementos constituyentes que los conforman aun no han sido suficientemente comprendidos y analizados por los actores sociales; es necesario desentrañarlos y desconstuirlos para re-construir la plataforma de posibilidades que permita revelar la realidad social emergente, descubrir las oportunidades de transformación y dirigir la lucha contra un enemigo común.

Los movimientos de protesta y resistencia han aprendido que la calle necesita formar parte de la agenda de sus actividades y ser el destino para sembrar la lucha por muchos significados, porque la calle devela la invisibilidad de la lucha de clases, exhibe la crudeza de la devastadora política neoliberal, le da rostro a los que luchan o defienden sus derechos, hace público los reclamos y visibiliza al sujeto que busca, con sus acciones políticas, transformar las ausencias en presencias y hacer creíble la idea de transformación popular de la realidad.

En este cuadro escenificado por el pensamiento y los actores hegemónicos, se esgrimen diversos mitos que discursivamente se enarbolan como verdades inmaculadas, pero tras de ellas están formas de dominación sutilmente impuestas que tratan de fisurar y penetrar en las subjetividades colectivas de los sectores populares.



Robinson Salazar  
Alejandra Chávez  
Luis E. Ocampo

Voces y letras en insumisión  
Movimientos sociales y reflexiones  
sobre América Latina

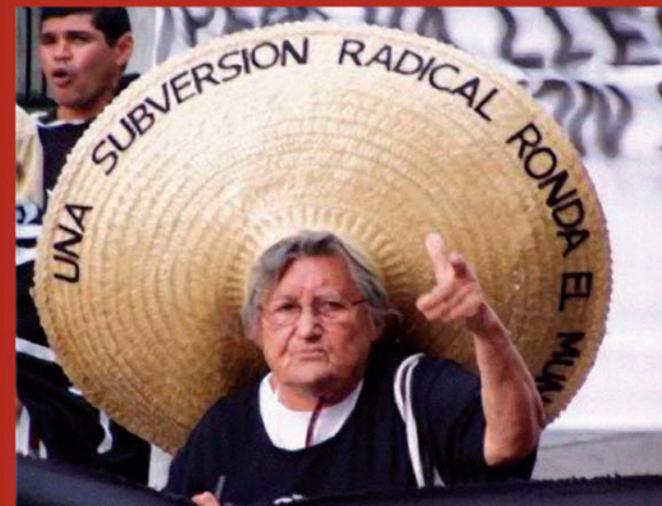
Ediciones Insumisos Latinoamericanos

Director del Proyecto:  
**Robinson Salazar**

Coordinadores:  
**Alejandra Chávez**  
**Luis E. Ocampo**

# Voces y letras en insumisión

## Movimientos sociales y reflexiones sobre América Latina



[elaleph.com](http://elaleph.com)

# **VOCES Y LETRAS EN INSUMISIÓN**

**Movimientos sociales y reflexiones  
sobre América Latina**

DIRECTOR DEL PROYECTO

ROBINSON SALAZAR

COORDINADORES

ALEJANDRA CHÁVEZ Y LUIS E. OCAMPO

*Colección*

*Insumisos Latinoamericanos*

**elaleph.com**

**ESTUDIOS CONTEMPORÁNEOS SOBRE LOS  
MOVIMIENTOS SOCIALES.  
ALGUNAS REFLEXIONES CRÍTICAS**

**Guido Galafassi**  
*Galafassi@unq.edu.ar*

***Introducción***

La problemática de la movilización y los movimientos sociales, son y ha sido un tema altamente tratado y estudiado en los medios académicos latinoamericanos siendo la clase obrera y el movimiento campesino dos sujetos privilegiados en cuanto a la dedicación que han merecido por parte de la academia y la ciencia. Luego de una relativa declinación en los años '80 y parte de los '90, reaparece en estos últimos años un fuerte interés por esta problemática.

Siguiendo las tendencias internacionales surgidas a la luz de la llamada “teoría de la acción colectiva” los últimos estudios se refieren fundamentalmente a intentar desentrañar el como y el porqué de los “nuevos movimientos sociales”. Ahora, mientras que los análisis hasta los años '70 centraban el eje precisamente en las luchas y los conflictos generados a partir de la imposición de un determinado modelo de desarrollo capitalista y de la interacción y la puja de intereses entre los diversos sectores o clases sociales, teniendo en muchos casos una mirada con cierto compromiso con los mismos; los actuales en cambio, ponen mucho más fuertemente el énfasis en las cuestiones de relativismo subjetivo ligado fundamentalmente a la organización

de los movimientos, quedando la lucha, el conflicto y la puja entre fuerzas antagónicas relegadas a un segundo o tercer plano.

Mientras que en los años '60 y '70 algunas temáticas importantes eran los procesos revolucionarios, el desarrollo, la dependencia, el cambio social, Vietnam, Cuba y otros procesos de liberación nacional y social, mayo del '68 y otras revueltas en el mismo año a nivel mundial, el Cordobaza en Argentina, etc., de tal manera de ejercer una fuerte influencia en la agenda de la investigación social, a partir del Consenso de Washington, el neoliberalismo, la caída del Muro de Berlín, etc., todas esas grandes líneas del pensamiento sucumben o quedan en lugares absolutamente marginales y aparecen en los últimos años esta figura de “los movimientos sociales”, como si antes de los '60 no hubieran existido, reemplazando de alguna manera el debate de los años pasado al ocupar el lugar de los temas “progresistas” en el presente.

Pero es sumamente interesante prestar atención entonces a una serie de presupuestos desde donde reaparece el estudio de la movilización social. Aunque sería más preciso afirmar que lo que aparece son los estudios sobre las formas de “organización” y procesos de “identidad” de los movimientos sociales, pues si anteriormente el conflicto, el enfrentamiento, la lucha de clases y la protesta eran ejes fundamentales del análisis, ahora predominan (en sectores mayoritarios del mundo científico) trabajos que dejan en un segundo plano la cuestión del conflicto y en donde los fenómenos de “identidad”, “recursos organizativos” y “exclusión” (que reemplaza al antagonismo) son las preocupaciones fundamentales, rescatando las visiones que se asientan más en las funciones y los equilibrios (o desequilibrios del sistema social) que en las contradicciones y los enfrentamientos entre clases o sectores sociales. Se siguen aquí, tendencias teóricas aparecidas en las últimas décadas en los países centrales y basadas todas ellas en el resurgir del “individualismo metodológico”.

Pero para esto, es primordial recordar primero que la historia de la modernidad es la historia de la movilización social, la modernidad nace o se expresa materialmente a partir de procesos de movilización social, la revolución inglesa y francesa dan forma a los inicios de la modernidad y luego esta se va expandiendo al resto del mundo a través de distintos procesos de movilización social volviendo a darse en muchos casos procesos revolucionarios también. Por lo tanto, el estudio de los procesos de movilización social es en parte el estudio de la modernidad y viceversa. Así, los movimientos sociales son parte inherente de la modernidad, son producto y productores de la modernidad y son la expresión de las cambiantes condiciones, estructuras y procesos de la modernidad. Los procesos de industrialización, urbanización, acumulación capitalista y desarrollo poscapitalista son el entramado dialéctico con el cual los movimientos sociales interaccionan conformándose y conformándolos. El nacimiento y posterior desarrollo de las ciencias sociales va de la mano también con el análisis de la movilización social, tanto los padres fundadores de la sociología como sus continuadores así como en la economía y en la ciencia política tuvieron en el estudio de la movilización el eje de su problemática. Lamentablemente las nuevas tendencias de las ciencias sociales parecería que están olvidando su propia historia.

### ***Corrientes dominantes en el estudio de los movimientos sociales***

Es de hacer notar que el estudio de los movimientos sociales por parte de las teorías dominantes sufrió una evolución que fue desde una incomprensión conservadora del fenómeno a un intento más abarcador y comprensivo de las motivaciones que generan el descontento. En el periodo de entreguerras, la ciencia norteamericana consideraba a la movilización social como portadora de un comportamiento político no institucionalizado, espontáneo e irracional por lo cual era potencialmente peligroso al tener la capacidad de amenazar la estabilidad del

modo de vida establecido. Según estas corrientes, los cambios estructurales generan situaciones de colapso o bien de los órganos de control social, o bien en la adecuación de la integración normativa. Las tensiones, descontento, frustraciones y agresividad resultantes llevan al individuo a participar en el comportamiento colectivo, caracterizado como comportamiento no institucional-colectivo (en contraposición al colectivo institucional, que es aquel “normal” dentro de una sociedad), que de la acción espontánea de masas avanza a la formación de opinión pública y movimientos sociales. Notemos, que ya en esas interpretaciones aparece la noción de “descontento”. Aparece también por aquellos años una variante basada en la noción (psico-sociológica e individualista) de la “privación relativa”, que denotaba un proceso por el cual una sensación de frustración provocaba una reacción hacia alguna forma de protesta. Los “sentimientos de privación relativa” (es decir, y para decirlo en términos no funcionalistas, sentimientos y conciencia de desigualdad entre los sectores, clases o subclases sociales) surgidos a partir de una situación social o económica desventajosa, conducían a la violencia política.

Estas corrientes van entrando en declive y ante la serie de revueltas, conflictos, manifestaciones y procesos de movilización social de los años sesenta, se comienza a cuestionar fundamentalmente la idea del comportamiento desviado e irracional y la idea de la aparición de movimientos sociales vistos exclusivamente como reacción a desajustes estructurales. Así aparece una nueva caracterización de los movimientos sociales como actores “racionales” que definen objetivos concretos y estrategias racionalmente calculadas. Surge así el enfoque de la “elección racional” (rational choice) de raíz fuertemente individualista, relegando así cualquier intento de las corrientes anteriores por teorizar a partir de la noción de colectivo (aunque esta noción tuviera una matriz claramente funcionalista). Lo que explicaría la acción colectiva sería pura y sencillamente el interés individual por conseguir beneficios privados, moti-

vando esto la participación política en grandes grupos. Mancur Olson, el principal mentor de esta corriente, elaboró un modelo de interpretación por el cual para que los individuos participen en acciones colectivas se tiene que dar la condición en la cual los “costos” de su acción tienen que ser siempre menores que los “beneficios”, y es este cálculo de costos y beneficios lo que le da el carácter de racional al comportamiento. Aparece en este contexto el “problema del gorrón” (*free-rider*) por el cual, en base a esta premisa individualista-egoísta, cualquier sujeto que incluso coincida y racionalmente vea que sus intereses son los del colectivo, puede tranquilamente no participar pues obtendría igualmente los beneficios gracias a la participación de los demás. Este modelo es claramente el que más descarnada y desprejuiciadamente se yuxtapone con la estricta lógica liberal del “mercado”, utilizada para explicar toda acción humana.

En este contexto, surge la teoría de la “movilización de recursos” (*resource mobilization*, con autores como McAdam, McCarthy, Tarrow, Tilly, Zald, Craig Jenkins, etc.) que es, por mucho, aquella que ha cosechado la mayor parte de los adeptos y aquella que se mantiene vigente hasta la actualidad. Aquí ya la preocupación no gira alrededor exclusivamente del individuo egoísta sino alrededor de la “organización” y de cómo los individuos reunidos en organizaciones sociales gestionan los recursos de que disponen (recursos humanos, de conocimiento, económicos, etc.) para alcanzar los objetivos propuestos. Ya no interesa tanto descubrir si existe o no insatisfacción individual por cuanto se da por sentado su existencia, por lo tanto, lo importante para este cuerpo teórico es ver como los movimientos sociales se dan una organización capaz de movilizar y aunar esta insatisfacción individual. Pero seamos claros, esta insatisfacción individual sigue siendo vista en términos de desajustes del sistema social. El énfasis en la gestión y lo organizacional los lleva a definir un concepto clave, que es la figura del “empresario movimientista” que es aquel sujeto individual o grupal que toma la iniciativa, precisamente en la organiza-

ción del movimiento. Los movimientos sociales surgen como resultado de la acción colectiva en un contexto que admite la existencia de conflictos y estos, por si solos, ya no son vistos como anormalidades del sistema. Una sociedad moderna y capitalista está atravesada por conflictos, que por si solos no desestabilizan al sistema. Sigue siendo fundamental el concepto de acción colectiva y ya no se establecen diferencias entre una acción colectiva institucional (normal) y otra no institucional (patológica). Esta acción colectiva involucra la búsqueda racional del propio interés por parte de grupos, es decir que estamos ante una socialización del principio individualista de “elección racional”; no se abandona este supuesto sino que se lo somete a la acción de grupos, en lugar de relacionarlo solamente con una acción individual. El agravio es considerado un motor fundamental de la acción colectiva, entendiendo por tal, a toda manifestación del sistema que perjudique a individuos o grupos. Pero como los agravios y sus reacciones son resultados permanentes de las relaciones de poder y por tanto no pueden explicar la formación de movimientos; esta depende, más bien, de cambios en los recursos con que cuentan los grupos, la organización y las oportunidades para la acción colectiva. Es decir que dado un agravio, se generará un movimiento social en tanto los individuos y los grupos cuenten con los recursos organizacionales necesarios para la formación. La movilización involucra entonces organizaciones formales burocráticas de gran escala y con propósitos definidos.

Una categoría clave que se suma a las anteriores es la de “nuevos movimientos sociales”. La preocupación fundamental radica en diferenciar los movimientos sociales post ‘68 de los anteriores y es así que surgen las “teorías de los nuevos movimientos sociales”. Alain Touraine, Clauss Offe y Alberto Melucci son tres de sus representantes más conspicuos. Este énfasis en la figura de “nuevo movimiento” lo relacionan con transformaciones fundamentales de las sociedades industriales, siendo sus casos de estudio los movimientos pacifistas, ecolo-

gistas, feministas, etc., que emergen con relativa fuerza en la Europa de los años '60 y '70. Mientras los “viejos” movimientos sociales, eran organizaciones institucionalizadas centradas casi exclusivamente en los movimientos de la clase obrera, los nuevos movimientos, por oposición, poseen organizaciones más laxas y permeables. Esto lo relacionan estrechamente con la diferenciación entre un viejo y un nuevo paradigma político. Los contenidos del viejo paradigma se relacionan con el crecimiento económico y la distribución, la seguridad militar y social y el control social; y para el nuevo, con el mantenimiento de la paz, el entorno, los derechos humanos y las formas no alienadas de trabajo. Los valores se orientan hacia la libertad y la seguridad en el consumo privado y el progreso material dentro del viejo paradigma; y hacia la autonomía personal e identidad en oposición al control centralizado, para el nuevo paradigma. Por último, en los modos de actuar, para el viejo paradigma se daba una organización interna formalizada con asociaciones representativas a gran escala y una intermediación pluralista en lo externo unida a un corporativismo de intereses basado en la regla de la mayoría junto a la competencia entre partidos políticos; en cambio, para el nuevo paradigma, en lo interno se basa en la informalidad, la espontaneidad, el bajo grado de diferenciación horizontal y vertical, y en lo externo, por una política de protesta basada en exigencias formuladas en términos predominantemente negativos.

A estos autores también se los llama “teóricos de la identidad” pues esta categoría es clave en sus análisis. Así, mientras para la movilización de recursos lo fundamental para definir un movimiento social es la forma de la organización, para estos enfoques europeos, la cuestión de la identidad que se construiría a partir del agregado de individuos en organizaciones sociales, constituye el foco a dilucidar, siendo la identidad equivalente a la organización, en cuanto son los conceptos clave por los cuales se explica un movimiento social. Se nota entonces una clara interpretación subjetivista. Un movimiento

social implica para esta corriente un proceso de interacción entre individuos con el objetivo fundamental de encontrar un perfil identitario que les permita ubicarse en el juego de la diversidad social. A partir de asumir una identidad es que el movimiento social parecería que habría consumado su razón de ser. Es decir que al reduccionismo político que esta corriente denuncia contra las interpretaciones clasistas, le responde con un “reduccionismo subjetivo”, porque pareciera que más allá de la construcción de una identidad no le quedará mucho más por hacer a un movimiento social, y por lo tanto tampoco nada más por explicar para los intelectuales.

### ***Los estudios sobre movilizaciones sociales agrarias en Argentina como ejemplo***

Si bien en Argentina, la movilización en los espacios rurales no ha tenido un desarrollo tan extenso como en otros países latinoamericanos, debido en parte a la singular estructura agraria, igualmente, y dada la importancia de la cuestión agraria en toda la historia del desarrollo argentino, es posible afirmar que la problemática de los movimientos sociales agrarios ha sido claramente sub-estudiada.

Dos hechos puntuales han escapado a esta constante mereciendo un interés particular, por un lado la protesta de principios del siglo XX conocida como El Grito de Alcorta y por otro, aunque en menor medida, el fenómeno de las Ligas Agrarias de los años setenta en el Nordeste. Aunque es de destacar otra vez, que en estos últimos años y más como acompañamiento a las modas internacionales surgidas a la luz de la llamada “teoría de la acción colectiva” y la “teoría de los nuevos movimientos sociales” han aparecido una serie de autores y grupos dedicados en general a la cuestión de los movimientos sociales, parte de los cuales se está dedicando a la versión agraria de los casos. De estos, el Movimiento Campesino de Santiago del Estero y el Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha son los más estudiados (coincidiendo con su mayor presencia

mediática) aunque el interés también se extiende sobre otras organizaciones populares del campo argentino actual.

Así, podemos partir de la observación que el estudio del conflicto, las luchas y los movimientos sociales relacionados con el campo se presenta como un tema, por un lado predominantemente vinculado al pasado, a los estudios históricos de las tres o cuatro primeras décadas del siglo XX; y por otro como una representación actualmente en desarrollo de la aparición de nuevos sujetos sociales que surgen en el campo en las últimas décadas, ligados particularmente a los cambios generados por la aplicación de las recetas neoliberales. Ahora, mientras que los primeros centraban el eje del análisis precisamente en las luchas y los conflictos generados a partir de la imposición de un determinado modelo de desarrollo rural y de la interacción y la puja de intereses entre los diversos sujetos del agro; los segundos en cambio, ponen mucho más fuertemente el énfasis en las cuestiones de relativismo subjetivo ligado fundamentalmente a la organización de los movimientos, quedando la lucha, el conflicto y la puja entre fuerzas antagónicas relegadas a un segundo o tercer plano.

El estudio del denominado “Grito de Alcorta” ocurrido en la década de 1910 acapara buena parte de la literatura sobre los conflictos del campo en los inicios del siglo XX. Este conflicto marca además la fuerte centralidad que la región pampeana ha tenido en el abordaje de la problemática en consonancia con la relevancia central de esta región en la dinámica socioeconómica de la Argentina a lo largo de toda su historia moderna. El Grito de Alcorta reúne una serie de sucesos que se extendieron hasta comienzos de la década de 1920 y que han sido vistos por todos o la mayoría de los analistas como hechos que pusieron socialmente en cuestión las características del sistema institucional agrario. Los estudios entonces van desde los trabajos clásicos que se acercaron a la cuestión desde una perspectiva cercana a los intereses de los promotores de la rebelión, hasta análisis más recientes que intentar revisar el caso y

proponer lecturas alternativas respecto a los motivos de la huelga y la caracterización socioeconómica de sus participantes (Azcuay Ameghino, 1999). Se ha resaltado, por ejemplo, la fuerte dependencia de la producción rural pampeana respecto al comercio internacional en desmedro de un muy débil mercado interno, de tal manera que las fluctuaciones del precio más los problemas institucionales argentinos que repercutían negativamente sobre el mismo, habrían condicionado la situación económica de los pequeños productores creando así el contexto que los impulsó a estos a la protesta y la lucha (Solberg, 1975). La relación entre los altos arrendamientos impuestos por los terratenientes más la presencia de malas cosechas consecutivas, es otro de los argumentos utilizados para intentar explicar la rebelión, aunque sin desconocer la importancia de los precios. Se conformó así la “visión tradicional” que ponía el énfasis en la contradicción planteada entre la oligarquía terrateniente y el régimen de arrendamientos asociado a su hegemonía a partir de su monopolio latifundista del suelo y la posibilidad de supervivencia de los campesinos medios o pequeños y medianos productores de la región pampeana. La protesta agraria fue, de esta manera, la respuesta de los sectores dedicados directamente a la producción ante la opresión de los propietarios de la tierra. Placido Grela (1958) representa el más claro exponente de esta línea de interpretación, siendo su obra el análisis clásico referido a la rebelión en Alcorta, en donde se pone además de relieve el papel de los colonos inmigrantes de orientación anarquista y socialista. Pero es importante destacar que esta posición de “sometimiento” impuesta por los terratenientes ya había sido declarada por Antonio Boglich (1937) unas décadas antes<sup>11</sup>. Una complejización del

---

<sup>11</sup> En su tradicional visión conservadora de la realidad argentina, Barsky intenta suavizar el papel opresivo del latifundismo al repartir las responsabilidades también entre las compañías colonizadoras, siendo incluso estas, según este vocero de los sectores poderosos del campo, aquellas que imponían las condiciones más duras a los arrendatarios (Barsky et al, 1992).

problema agrario en las primeras décadas del siglo XX representa una línea de interpretación más cercana a nuestros días, en donde la protesta de Alcorta aparece así cruzada por una compleja estructura de explotación en la que participan, no solo arrendatarios, terratenientes, sino también muestras diversas de capitales usurarios, comerciales y financieros hasta, obviamente el Estado en sus diferentes manifestaciones. Pucciarelli (1986) incluye el conflicto en este marco de análisis mientras el trabajo de Arcondo se zambulle explícitamente en la interpretación del Grito de Alcorta (1980).

Como se dijo al principio, luego de las primeras décadas del siglo XX, las ciencias sociales se ocupan poco de la conflictividad agraria (a pesar el alto interés por los conflictos sociales en general y el alto nivel de compromiso social y político de buena parte del espectro intelectual) quedando así planteado el interrogante acerca del aparente decaimiento de los conflictos en las décadas que van desde los años 30 a los años 70. Son entonces, escasas las investigaciones y publicaciones referidas a movilizaciones agrarias sobre estas décadas. Jorge Sábato (1981) sostiene que en realidad la conflictividad bajó realmente ya que “el cambio en la forma de organización social tradicional del modelo productivo, al eliminar algunas causas de enfrentamientos, probablemente atenúe los conflictos y divisiones de los distintos movimientos corporativos entre sí”. Vale mencionar aquí los trabajos de Humberto Mascali (1986) como uno de los pocos trabajos dedicados a conflictos agrarios para las décadas del ‘40 y ‘50, más específicamente a los conflictos laborales y su relación con la crisis de la agricultura y el incremento de la desocupación en la región pampeana; o los trabajos de Francisco Delich (1968, 1972) quien se dedicó a estudiar y tipificar la acción y organización campesina en Argentina, con una atención especial a la provincia de Tucumán; o el trabajo más general de Murmis, Nun y Marín quienes introducen la cuestión agraria argentina y su conflictividad dentro del esquema general de la marginalidad en América Latina (1969).

Para los años 70, vuelven a aparecer los estudios sobre movimientos agrarios contemporáneos, sobresaliendo las investigaciones sobre las Ligas Agrarias. Dos autores son los analistas claves de este movimiento, Francisco Ferrara (1973) y Jorge Próspero Roze (1992 y 2004). Archetti (1988) y Bartolomé (1982) también realizaron tangencialmente algunos análisis sobre estos movimientos pero más como complemento de sus estudios sobre colonización campesina que como interés primario en los conflictos.

La constitución de las Ligas Agrarias en las provincias del Nordeste se manifestó a través de organizaciones que fueron surgiendo dentro de los ámbitos provinciales pero coordinando muchas o algunas de sus tareas a nivel regional. Así, la cuestión de la autonomía y la diferenciación de cada liga provincial constituyen un punto importante de la caracterización y el debate surgido por aquellos años. Jorge Prospero Roze, en diferentes trabajos de fines de los años setenta (aunque publicados recién en los noventa) hace hincapié justamente en el carácter heterogéneo en donde las diferencias con las que se manifiestan las Ligas Agrarias en cada provincia son puntualmente resaltadas, “condicionadas por las estructuras de clase en el interior de las cuales se desenvuelven los productores asociados a las ligas” (Roze, 1992: 11). Ferrara, en cambio, caracterizó en su momento a las Ligas Agrarias como un movimiento social con una fuerte homogeneidad ideológica y de acción a partir de resaltar todas las similitudes que presentaban los distintos grupos en sus acciones y enfrentamientos con las distintas instancias de gobierno (a pesar de tratarse de grupos diferentes de productores). La hipótesis básica de su trabajo fue precisamente la búsqueda de esta homogeneidad y organización unitaria que representaba el conjunto del campesinado más pobre “*lanzados definitivamente hacia el combate revolucionario*” (Ferrara, 1973: 478). El contexto “revolucionario” de los años setenta marcó fuertemente, sin lugar a dudas, la representación que Ferrara se hiciera de estos movimientos agrarios. Es en

efecto, la aparición de luchas en el campo lo que comenzará resaltando y destacando, por cuanto esto representaba el poder llenar un vacío de tal manera de completar el conjunto de los sujetos antagónicos indispensables para llevar adelante un proyecto de cambio social. La importancia que Ferrara le da a las luchas agrarias, lo distancia obviamente de las interpretaciones más ortodoxas que focalizan al sujeto exclusivamente en la clase trabajadora.

Vale mencionar también aquí, el estudio preliminar (único existente) realizado por Silvia Colazingari (1986) sobre la Unión de Productores Agropecuarios de la República Argentina. El trabajo apunta específicamente a dilucidar el comportamiento y la toma de posición de esta organización frente a la política agraria del gobierno peronista de los años setenta que se planteaba como un intento de reforma apuntando a favorecer en cierta medida los intereses de los estratos más bajos de productores rurales. Se adopta una postura que pone como eje de análisis las disputas y conflictos generados a partir de la contraposición o la comparación entre proyectos políticos de cambio social, aunque se trataba de un cambio social relativo.

### ***Los actuales movimientos agrarios y el nuevo contexto de las teorías basadas en el individualismo metodológico***

Como se dijo, la aparición de una gran diversidad de movimientos agrarios en los últimos años junto al nuevo interés de las distintas ciencias sociales por el estudio de los movimientos sociales y de protesta, han renovado la agenda de investigación y las teorías clásicas ligadas al individualismo metodológico han sido adoptadas para el análisis de los fenómenos de movilización social también en el agro.

Así, el texto de Piñeiro, por ejemplo, relativo a los movimientos sociales y los conflictos en el agro latinoamericano, deja, ya desde su propio título por sentado cual sería la utilidad y “función” de los conflictos: *En busca de la identidad. La acción colectiva en los conflictos agrarios de América Latina*. Resalta entonces

aquí el problema de la identidad como el elemento central a la hora de interpretar los conflictos. Los movimientos sociales se organizan como tal con el objetivo principal de poder así reconocerse a si mismos, pasando las relaciones antagónicas y la dinámica antisistémica a ser un aspecto complementario convirtiéndose así en casi un instrumento para la búsqueda del reconocimiento identitario. Identidad que se construye con la práctica de la acción colectiva y que permite además afianzar al movimiento. Es decir ya no importa “porque y para que se lucha” (concepto este último que por cierto casi desaparece de estas nuevas tendencias teóricas) sino “quienes somos” y en todo caso como nos sirve estar juntos para saber como se construye este “quienes somos”. En palabras de Piñeiro y remitiéndose directamente a Melucci, “...*la unidad de un movimiento social no es una precondition sino una cualidad trabajosamente construida, y que además no está dada de una vez y para siempre sino que por el contrario, así como se construyó también se puede perder. La unidad se cimienta en la construcción de una identidad común*”. Es en este contexto que se introduce la presencia de las relaciones con los sectores a los cuales los movimientos sociales se enfrentarían o entrarían en puja por intereses encontrados, solo que estas supuestas relaciones antagónicas se diluyen en una funcional construcción de identidad de grupo que les permita así auto-identificarse, “*la identidad se construye también desde ‘los otros’, tanto desde los adversarios como desde los grupos sociales aliados, y aun desde aquellos que se podrían identificar como neutros. Algunos lo hacen por oposición, otros por alianza, pero en ambos casos la construcción de la identidad propia es coadyuvada por cómo los ven los otros*”. Adversarios, aliados o neutros juegan todos el mismo papel, ayudar a la construcción de la identidad. Queda claro entonces, porque las relaciones antagónicas se desdibujan en una trama de relaciones funcionales en pos del mantenimiento del equilibrio del sistema social.

El trabajo coordinado por Norma Giarraca (2001) también adopta esta línea de interpretación. En “La protesta social en

la Argentina”, afirma ya desde la introducción la cercanía de los diferentes trabajos a las corrientes “comprensivistas”, más “que a las que buscan explicaciones a partir de factores estructurales. En todos los trabajos los factores objetivos que favorecen una acción de protesta o de organización tienen tanta importancia como las interpretaciones y los reconocimientos que los actores son capaces de hacer de ellos” (pag. 19). Sin embargo, y en forma inmediata pasa a definir a la acción colectiva, siguiendo a Melucci (1984) como aquella que “implica la existencia de una lucha entre dos actores por la apropiación y orientación de los valores sociales y los recursos”. Es decir, dado un contexto, un marco socio-económico y político, lo que importa es ver como los actores (individuales) juegan dentro de las reglas (aunque se atrevan también a trasgredirlas) para posicionarse y disputar cuotas de poder y de acceso a espacios simbólicos y también materiales. Lejos está cualquier consideración sobre el cambio o la transformación social. Cualquier similitud con las teorías que determinan las reglas de la competencia en un sistema de mercado, parecería ser que no es pura casualidad. En este contexto, se ubican los diversos trabajos reunidos. Schuster y Pereyra se preocupan por la mutación de identidades clásicas asociadas a la movilización social intentando desarrollar un balance y trazar perspectivas de la protesta social en la Argentina de los años noventa, entendida la protesta como solo una forma de acción política dentro del sistema. El texto de Bidaseca y Mariotti, abordan la cuestión que desde esta línea de teorización se visualiza como los “nuevos movimientos sociales”. Siguiendo a Offe (1985) diferencian entre el viejo paradigma clasista con grupos institucionalizados y partidos políticos, y el nuevo paradigma político o paradigma del “modo de vida” cuyo espacio de acción es el de las políticas desinstitucionalizadas.

El interés entonces está puesto en estudiar la Unión de Campesinos Independientes de Tucumán y el Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha, apelando a “sus formas organiza-

tivas, su composición genérica y sus acciones y narrativas en el escenario de la acción colectiva de protesta exasperada en estos últimos años, que supone un lugar de encuentros, interacciones y posibilidad de alianzas”.

El trabajo de Alfaro y Guaglianone (1992) referido al Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE) también sigue la línea teórica anterior. Las autoras están particularmente interesadas en saber si este movimiento campesino constituye efectivamente un “nuevo movimiento social” y lo abordan fundamentalmente a partir del supuesto referido a cambios que se desarrollan en los comportamientos políticos de los sectores populares. Los campesinos del Noroeste argentino son definidos como nuevos sujetos, que en este contexto de modificaciones en las pautas de acción política, implementan recursos políticos tendientes a evitar la exclusión social y hasta, según las autoras, su desaparición como sujetos. El texto de Durand (2005), referido al mismo movimiento, sigue también la misma línea teórica, preocupándose por las oportunidades políticas, los tipos de liderazgo, el modelo de organización.

Estas nuevas teorías abrevan también en el enfoque basado en el “giro lingüístico” que desde las filosofías últimas son adoptadas por ciertas corrientes de las ciencias sociales contemporáneas. La acción junto con el discurso estructuran estas renovadas miradas sobre lo social. Naishtat (1999) por ejemplo, expresa que la acción colectiva implica “decir y mostrar”, enunciación de sentidos y cuerpos demandantes que irrumpen conflictivamente para, postfacto, inscribir sus demandas en la esfera pública (citado en Giarraca, 2001). En este sentido, es que la importancia estará dada por la interpretación subjetiva del actor respecto a la acción colectiva y la movilización social.

### ***Los problemas del individualismo metodológico y de las teorías de la acción colectiva***

El renovado léxico y las renovadas categorías de análisis utilizadas en los marcos teóricos dominantes merecen entonces una

particular atención, para poder comenzar a desentrañar los supuestos sobre los que se construyen estas interpretaciones.

Lo primero importante a considerar es el tratamiento que merece la problemática del cambio social por este conjunto de teorías, entendiendo por cambio social a la posibilidad de cambiar en su esencia las reglas de juego dominantes. Vale esta aclaración para evitar cualquier confusión con la noción evolucionista-funcionalista de cambio entendida como la adaptación-evolución del sistema (mercado + democracia liberal) en pos de consolidar sus propias metas.

Sin negar la importancia relativa de las diferentes condiciones y procesos que desde las teorías norteamericanas y europeas se postulan como promoviendo la organización de movimientos sociales, es dable observar que las teorías pos-estructuralistas y derivadas del individualismo metodológico (particularmente la teoría de la movilización de recursos) no le asignan ninguna importancia al hecho de la existencia de un deseo en individuos y grupos sociales por cambiar o transformar la sociedad que vaya más allá de reacciones puntuales a agravios puntuales. Por esto es fundamental poder combinar la totalidad de motivaciones que llevan a los individuos a congregarse en movimientos sociales, de esta manera, las reacciones a agravios puntuales podrán tener una relativa presencia en muchos casos pero seguramente será insuficiente para explicar las reiteradas formas de movilización social a todo lo largo de los últimos dos siglos con perspectivas diversas pero todas con algún grado de estrategia antisistémica. La ambición de cambio en las clases y grupos sociales puede rastreársela a lo largo de toda la historia, pero constituye sin lugar a dudas un pilar fundamental de los principios modernos sobre los cuales se rigen todas las sociedades contemporáneas alcanzadas por el desarrollo urbano-industrial-capitalista. Sin lugar a dudas que la presencia de los agravios y de los grupos y condiciones que permiten la organización de los recursos generan condiciones favorables para la movilización social, pero sin la presencia de

una premisa de cambio social (es decir de la necesidad de sustituir determinadas condiciones de existencia de desigualdad y explotación por otras más igualitarias), difícilmente se hubiera generado tanto los movimientos de pequeños productores capitalizados de principios de siglo XX en la Argentina, como los actuales movimientos campesinos en toda América Latina. O sea, los agravios y la organización de los recursos pueden facilitar la emergencia de movimientos sociales pero difícilmente por si solos puedan generar estos movimientos sin existir de manera prioritaria un deseo (con un menor o mayor desarrollo de una conciencia de clase) y una necesidad por alterar el status quo. Así, el individualismo metodológico en general y la teoría de la movilización de recursos en particular más que lograr explicar la formación de los movimientos sociales, pueden aportar elementos que ayuden a explicar la conformación de condiciones que facilitan el desarrollo de un movimiento pero que difícilmente por si solas puedan promoverlos. Por su parte, la teoría de la acción de origen europeo, mucho más cercana al relativismo y la apatía posmoderna, ubica el accionar de los movimientos sociales dentro de un vastísimo espectro de acciones colectivas, con lo cual, ya desde el principio desdibuja la potencialidad de cambio social existente en cada movimiento social, por cuanto acción colectiva de ninguna manera es sinónimo de cambio sino sencillamente de agregación de sujetos. Melucci va incluso más allá (acusando de “reduccionistas políticos” a cualquier intento no coincidente con sus postulados subjetivistas pos-estructuralistas), restándole precisamente importancia a las relaciones de poder y a los proyectos de sociedad enfrentados que soportan desde su base a todo proceso de movilización social. Es que su interpretación basada en un fuerte relativismo individualista y fenoménico, inhabilita cualquier posibilidad de lectura sobre el cambio social, al negar ingerencia a toda condición estructural. Finalmente, existe una fuerte tendencia en la mayoría de estas teorías por identificar movimiento social con sólo satisfacción

de expectativas, en tanto relaciones del sujeto con su mundo externo a través de la búsqueda de una identidad que el actor lograría encontrar gracias a la interacción y la negociación colectiva. Esta laxitud en la definición de una categoría permite aplicar el concepto de acción colectiva y movimiento social a casi cualquier contexto donde dos o más sujetos entablen algún tipo de relación, lo que claramente determina una estrategia de inhibición y ocultamiento de cualquier acción en pos de un cambio social.

En segundo lugar, la pregunta principal que subyace a todos estos investigadores enrolados en el individualismo metodológico es ¿Porque y Como Aparecen los Movimientos Sociales? La respuesta, por ejemplo en Tarrow, gira siempre alrededor de las “cuestiones organizacionales y el entorno de oportunidades”. Pero lo importante a resaltar aquí no es tanto que tipo de respuestas se dan sino la preocupación que presupone el tipo de pregunta. El interesarles tanto el “Porque” y el “Como” implica que parten de un escenario en donde la calma y las relaciones armónicas entre los sujetos es la regla, es decir en donde el proceso de cambio y transformación social significaría un problema (una fricción dentro del proceso funcional de la modernización), por esto, todo movimiento social implicaría algún grado de tensión y conflicto que rompe con el equilibrio en la sociedad y que por lo tanto es necesario explicar. El movimiento social es una fuerza disruptiva, en cierta medida anormal (aunque es cierto que no tan anormal como para considerarlo un caso anómico como si se los veía originalmente desde el *collective behaviour*); y es por esto que es tan importante el descubrir el origen y las motivaciones que hacen que aparezca. Así las explicaciones van desde la irracionalidad de los sujetos (Collective Behaviour, Blumer), los efectos provocados por el desarrollo desigual de los subsistemas (Parsons), los procesos de privación relativa individual (Relative Deprivation), o de elección racional (Olson), o la disponibilidad de recursos organizativos y la existencia de oportunidades

políticas (Movilización de Recursos). Los marcos teóricos europeos en cambio, desde la lógica de la “acción subjetiva” consideran más normal las disputas y conflictos, pero siempre como un juego natural de intereses individuales, en un contexto social que esencialmente es estable, aunque lo que si varían son las individualidades y las relaciones inter-individuales (estabilidad por lo menos en términos de no someterse a grandes cambios, no a cambios sistémicos. Si partiéramos del supuesto de que el proceso histórico se construye a partir de los conflictos, antagonismos, y relaciones contradictorias entre los sujetos, clases o subclases, es decir de procesos de movilización y cambio social, la pregunta del porque surgen los movimientos sociales no sería tan importante, porque la historia misma es la historia de la movilización y de los conflictos sociales. En cambio, lo que si importaría son las direcciones y caminos del cambio social que intentan imprimir los movimientos sociales y la capacidad, las estrategias y el grado y la voluntad de estos para efectivamente transformar las reglas de juego dominantes.

En tercer lugar es importante considerar la cuestión ideológico-política. A pesar que el accionar básico de cualquier movimiento social se construye siempre a partir de demandas político-sociales que tienen que ver con alguna clase de cambio, es decir, que la esfera ideológico-política es central a la constitución del movimiento; no constituye, sin embargo, un eje fundamental del análisis en el grupo de teorías clásicas. Por ejemplo, Offe, que sitúa incluso a los movimientos sociales contemporáneos dentro de un nuevo paradigma político, afirma explícitamente la desaparición de la esfera ideológica al caracterizar que *“es también típica la falta de un armazón coherente de principios ideológicos y de interpretaciones del mundo de la que poder derivar la imagen de una estructura deseable de la sociedad y deducir los pasos a dar para su transformación”*. Que muchos de los movimientos sociales contemporáneos no tengan un armazón ideológico estructural al estilo de los grandes planteamientos políticos del siglo XX (y esto solo para el caso europeo, pues los

movimientos latinoamericanos basan su accionar en un fuerte sostén político-ideológico) no quiere decir que no tengan una teoría acerca del mundo. Vale tomar los ejemplos de movimientos que Offe menciona para darse cuenta fácilmente de la debilidad de este planteo. Los ecologistas por ejemplo hace ya largas décadas que vienen construyendo una teoría política-ideológica (incluso científica) alternativa que sustente su estrategia de cambio social; lo mismo para el movimiento feminista así como para los movimientos por los derechos humanos y la pacifistas. Negar a todos estos movimientos el poseer una teoría, o principios ideológicos o interpretaciones del mundo solo puede entenderse en el marco de un análisis posmoderno en donde precisamente la discusión y debate sobre el cambio social no constituye un punto central del esquema de abordaje. Vale también otra afirmación de Offe como ejemplo al definirla nuevamente como una limitación estructural de los movimientos sociales: *“los movimientos son también reacios a la negociación porque atribuyen a menudo una prioridad tan alta y universal a sus exigencias centrales que no tiene sentido el sacrificar una parte de ellas (p.e., tratándose de cuestiones relacionadas con los valores de “supervivencia” o de “identidad”) pues ello anularía la misma exigencia.”* Si se pusiera la mirada en los principios político-ideológicos del cambio y la transformación social, se podría entender muy fácilmente esta actitud de muchos movimientos sociales, pues justamente nos está hablando que su propuesta de cambio social que se asienta en la puja o la lucha entre concepciones del mundo y entre grupos y sectores sociales, no admite negociaciones que solo llevarían a la desmovilización y a la victoria del contendiente lo que implicaría que se esfume la esperanza en una transformación social. Esta caracterización de Offe también nos sirve para ver la debilidad de la categoría “nuevo paradigma” pues al incluir la dimensión del cambio social, vemos que esta negativa a la negociación no es privativa de los movimientos sociales contemporáneos sino que es una estrategia política esencial de los movimientos antisistema modernos.

## ***Expectativas individuales y equilibrio funcional***

Las renovadas conceptualizaciones explicadas más arriba, ponen el énfasis entonces, en la satisfacción de las necesidades o expectativas de un sujeto social y que según si estas expectativas sean o no cumplidas este sujeto social reaccionará en consecuencia. *“La génesis de la inversión parte del descontento generalizado y su presencia siempre implica la aparición de percepciones e ideas nuevas que tienen impactos sobre la acción colectiva. El paso del descontento a la movilización (Skopcol) en cierta medida está vinculado al proceso de formación del descontento y de gestación de nuevas formas de legitimidad y orden vinculados a lo colectivo. La gestación de una conciencia de la vulnerabilidad y la ilegitimidad forman parte del abandono del conformismo o la resignación y el paso a una voluntad de cambio o acción transformadora. Este proceso ha sido caracterizado por algunos autores como ‘liberación cognitiva’ (McAdam) por el cual acontecimientos y eventos son trabajados y sirven de base para resignificar el sentido de procesos sociales generales y poner en cuestión la propia situación frente a ellos. El enmarcamiento crítico de experiencias o acontecimientos pueden llevar a pensar que las cosas podrían ser de otra manera. Estos procesos son muy importantes para explicar las características de la movilización. Grupos que comparten experiencias en contextos críticos o que están en el centro de los procesos pero no logran beneficiarse de los cambios como esperaban son los motores de activación de procesos de masas (Munck). En este sentido los procesos por los que atraviesan los sectores medios y los trabajadores desocupados constituyen focos de atención superlativamente interesantes”* (Gomez, 2002).

Un acto de elección racional (similar al que explica las decisiones de los agentes en un mercado) es lo que mueve a los individuos a reaccionar frente a cambios del sistema. Mientras el individuo se encuentre satisfecho, el conjunto social seguirá su curso “normal”; en cuanto comience el “descontento”, es probable, que se empiecen a “gestar nuevas formas de legitimidad y orden vinculadas a lo colectivo”. La manera que se expresa este descontento, es a través de un “acto de protesta”, que habla a su vez, de una “elección racional” previa, en el sentido de que el individuo reacciona frente a anomalías

del conjunto social. De lo que se trata, sencillamente, es de darse cuenta que ciertas cosas no funcionan del todo bien —lo que genera una situación de desequilibrio social— y para salvar esto es necesario una organización colectiva (movimiento social) que a través de la protesta (acto de elección racional) pueda construir nuevas legitimidades (identidad) en base a una organización que evalúe costos y beneficios (movilización de recursos) y reconstituir así el orden. La caracterización clásica del funcionalismo basado en el equilibrio social que surge de la complementación de funciones que desarrollan sujetos diversos (léase, por ejemplo capitalista y obrero) en un sistema social constituye entonces una base teórica fundamental sobre la que se construyen buena parte de estas variantes que intentan explicar la movilización social en la sociedad contemporánea.

Hace décadas, el funcionalismo clásico ya lo planteaba en estos términos. Samuel N. Eisenstadt (2001[1966]), uno de los más prominentes teóricos de esta corriente focalizaba su análisis en como los sentimientos de insatisfacción pueden materializarse en exigencias y demandas a través de organizaciones sociales, pero siempre en el marco de los ajustes dentro del proceso modernizador. *“Hubo corrientes que intentaron modificar esos aspectos de la sociedad más amplia, que se refieren a los roles en cuestión. La clase obrera y la actividad socialista, por una parte, y los movimientos por los derechos de la mujer, del niño y de la juventud, por la otra, fueron dos reacciones importantes del proceso de modernización. Son, desde luego, los rasgos de toda sociedad en cierta etapa de la modernización”* (op. cit.: 48).

Es decir que los procesos de protesta y de movilización social eran ya interpretados por la sociología funcionalista clásica como ajustes normales a los roces y conflictos que se generan por la propia dinámica evolutiva de cualquier proceso de modernización. La protesta y el movimiento social son internos al sistema y ayudan a su perfección y consolidación. Es decir, no existe una consideración alrededor de una posibilidad de ruptura antisistémica, porque sencillamente el cuerpo teórico de la modernización concibe a la sociedad moderna, capitalista,

industrial y urbana como el tope a alcanzar en el proceso de desarrollo de la sociedad. Los movimientos sociales expresan llamadas de atención ante quiebres en la cohesión y constituyen así uno de los tantos mecanismos de ajuste del sistema.

Volviendo a las teorías actuales sobre movimientos sociales, encontramos que junto con esto, a los supuestos derivados de las presunciones más individualistas y subjetivistas de las teorías de la interpretación que hacen hincapié en la “identidad”. Se logra así una amalgama que enfatiza la acción social subjetiva e individual en un contexto de equilibrio entre “actores sociales”. Ante desviaciones del equilibrio, lo subjetivo reacciona, protesta y se organiza, poniendo algunas corrientes teóricas el acento en la reconstrucción colectiva de la identidad, y otras en la acción colectiva que permita restablecer el equilibrio. Así, acción colectiva, movimiento social, identidad y racionalidad estratégica son las claves explicativas; *“...la acción colectiva es el resultado de la asociación de individuos con intereses comunes que desarrollan estrategias colectivas como alternativa racionalmente calculable, para optimizar en circunstancias ocasionales y bien delimitadas, las probabilidades de éxito en la satisfacción de sus preferencias”* (Schuster, 2005: 46).

Aparecen infinidad de términos técnicos nuevos, como repetida manifestación del sociologismo, que servirían para el desmenuzamiento intelectual de los actores y las acciones, tales como “inversión”, “liberación cognitiva”, “enmarcamiento”, “repertorio de acciones”, “fuerza ilocucionaria”, “visibilidad”, “ciclos de protesta”, “repertorio de confrontación”, “acción colectiva modular”, “redes del movimiento”, “acto de habla”, “oportunidades políticas”, “ipseidad”, “estructuras de movilización”, etc. En estrecha correlación con esto, se denota también una especial preocupación por la construcción de “especies sociológicas” (fragmentos sociales), de unidades sociales diferenciadas que permitan su identificación (y estudio) dentro del conjunto del sistema social, negando de esta manera la complejidad de la historia como proceso en tanto sumatoria de conflictos y transformaciones. Aparecen entonces los intereses

fragmentados por las asambleas, las fábricas recuperadas o los piqueteros, dejando de lado que todos estos representan manifestaciones de la profunda crisis y del renovado proceso de avance del capital por sobre el trabajo. *“Históricamente, la emergencia y el desarrollo de un movimiento social de desocupados no ha aparecido como algo necesario ni evidente, ni mucho menos sostenido en el tiempo. La literatura sociológica ha insistido, más bien, en el conjunto de dificultades, tanto de carácter objetivo como subjetivo, que atraviesa la acción de los desocupados y que impide que éstos se conviertan en un verdadero actor colectivo... Así, las preguntas que atraviesan este libro reenvían tanto a la problemática de la diversidad realmente existente como a la constatación efectiva de un conjunto de repertorios y elementos comunes que han ido configurando un espacio específicamente piquetero”* (Svampa y Pereyra, 2003: 11).

Pero, lo que (deliberada o ingenuamente) no aparece son los clásicos términos y categorías que denotan los procesos de explotación, de subsunción, de desigualdad y de injusticia social que podrían explicar mucho más fácilmente las luchas cotidianas entre clases, subclases y/o sectores sociales, es decir el conflicto social entendido no como un desequilibrio del sistema o de la identidad individual, sino como la expresión de la resistencia ante la dominación social.

Por lo tanto, podemos observar como las renovadas conceptualizaciones contrastan marcadamente con el interés de los años ‘60 y ‘70 en los procesos revolucionarios, el cambio social, Vietnam, Cuba y otros procesos de liberación nacional y social, el Mayo Francés del ‘68 y otras revueltas del ‘68 a nivel mundial, el Cordobazo, etc., temáticas todas que tenía una fuerte influencia en la agenda de la investigación social., Pero a partir del Consenso de Washington, el neoliberalismo, la caída del Muro de Berlín, la imposición del posmodernismo (y su fin de la historia y muerte de las ideologías) etc., todos esas grandes líneas del pensamiento, junto a sus categorías de análisis, sucumben o quedan en lugares absolutamente marginales: *“...los sujetos colectivos fijos (las clases sociales, las naciones, los pueblos, etc.) estallaron en un*

*número aparentemente ilimitado de fragmentos que, como las partículas subatómicas, desaparecían cuando se trataba de fijarlos o, incluso, volvían a estallar en multitud de nuevos fragmentos, se cruzaban o se reordenaban en figuras nuevas, desconocidas, impredecibles. Lo que J. Nun llamó ‘la rebelión del coro’ caracteriza un tránsito no sólo real sino –para nuestro entender– conceptual, teórico, epistemológico, que nos lleva de los años setenta a los noventa’* (Naishtat, F y F. Schuster, 2005:10).

Llegados a este punto, es útil volver entonces sobre la cuestión de los nuevos movimientos sociales como un fenómeno antagónico a los viejos movimientos sociales. La preocupación fundamental radica en diferenciar los movimientos sociales post ‘68 de los anteriores y es así que surgen las “teorías de los nuevos movimientos sociales”. Este énfasis en la figura de “nuevo movimiento” está relacionado con transformaciones fundamentales de las sociedades industriales, siendo los casos de estudio los movimientos pacifistas, ecologistas, feministas, etc., que emergen con relativa fuerza en la Europa de los años ‘60 y ‘70. Como ya se mencionó, mientras los “viejos” movimientos sociales se caracterizaban por la mayor institucionalización y la vinculación con el crecimiento económico, de aquí la importancia de la clase obrera, los “nuevos” movimientos sociales estarían más ligados con las preocupaciones sobre la alienación cultural, el entorno, la autonomía personal y las formas más flexibles de organización y movilización. Esta diferenciación entre nuevo y viejo movimiento social, es adoptada en Argentina y América Latina, marcando fuertemente la mayor parte de los estudios. *“En los momentos en que los estudios de los nuevos movimientos se abrían paso fue necesario marcar las diferencias de las nuevas resistencias con el viejo conflicto de tipo estructural ‘capital/trabajo’. Se hablaba del registro de nuevas formas de subordinación que rompían con la idea de identidades plenas como las de clase. Los nuevos conceptos de ‘acción colectiva’, ‘protesta’ registran nuevos conflictos que no refieren al espacio de clase.”* (Giarraca, 2006).

Pero en el proceso histórico social siempre hay novedades, es decir siempre aparecen estructuras, organizaciones y subje-

tividades nuevas, esto es justamente lo que identifica al proceso dialéctico de la historia. Pero al identificar las teóricas sociológicas neo-funcionalistas y pos-estructuralistas de los movimientos sociales a los nuevos como algo que corta y separa a los viejos, lo que se está haciendo es inmovilizar el proceso histórico, es crear elementos y conjuntos sociales que no tienen ningún anclaje en la historia, es negar el proceso, pues lo nuevo es fuertemente diferente de lo viejo, porque lo viejo desapareció y apareció lo nuevo sin solución de continuidad entre ambos. Se está creando una artificiosa visión dicotómica, antes solo existía lo viejo y ahora solo existe lo nuevo y entre ambos hay un corte, casi un abismo. Es decir, estaríamos frente a un fin de época, tal como sostiene el posmodernismo. Tenemos entonces una cosificación estática de la realidad social, incapaz de identificar los permanentes, constantes y “estructurales” procesos de cambio y transformación de la realidad social, que lleva indefectiblemente a identificar lo nuevo como separado y totalmente diferente de lo viejo, y por supuesto descontextualizado del proceso histórico. No olvidemos que las tesis fundamentales del pensamiento posmoderno se basan, precisamente, en el fin de la historia y la muerte de las ideologías, supuestos claves a la hora de categorizar ahistóricamente las movilizaciones contemporáneas. Si asumimos en cambio, que el proceso histórico es por definición un proceso en transformación, entonces todo el tiempo aparecerán formas “nuevas” que a su vez se volverán viejas a su debido tiempo para volver a aparecer otras nuevas formas. Así, en las sociedades basadas en el trabajo industrial asalariado en donde la forma salario constituye la dominante, era dialécticamente esperable que el movimiento social por antonomasia fuera el movimiento obrero al ser uno de los sujetos fundamentales de la contradicción social, en cambio al modificarse la forma de esta sociedad industrial y al modificarse las relaciones sociales en el mundo del trabajo y aparecer nuevos espacios de socialización, es esperable también que aparezcan nuevos sujetos

acordes a estos nuevos ámbitos, esto que se llama los “nuevos movimientos sociales” que dan cuenta justamente de los nuevos ámbitos de la contradicción. El movimiento obrero no desapareció, ni mucho menos, solo que ahora ya no es el movimiento predominante y junto a él emergieron nuevos sujetos dada las nuevas formas de la contradicción. Pero lo que no cambia sustancialmente es la base estructural de las relaciones de explotación y dominación de toda sociedad capitalista, aunque hayan cambiado las formas que adopta el proceso de explotación. Por lo tanto, tanto los “nuevos” como los “viejos” movimientos sociales expresan los procesos de lucha en el marco de esta contradicción entre sujetos o clases sociales. Así, es lícito hablar de nuevos, porque sin duda existen formas que antes no existían, pero solo si se los pone en un contexto de un proceso dialéctico de transformación de la sociedad en donde lo nuevo es el dato permanente y no la novedad única como expresión de una ruptura o un corte en la realidad.

### ***Consideraciones finales***

En base a lo expresado hasta aquí, podemos afirmar que con las visiones neo-funcionalistas y pos-estructuralistas se corre el peligro de un proceso de naturalización de las relaciones sociales tal cual están establecidas bajo los parámetros dominantes. El énfasis en la organización, los recursos, la ruptura del orden y la identidad deja de lado el conflicto por el poder y el cambio social. Esto anula toda posibilidad de preguntarse por la existencia o no de un proceso de lucha y movilización anti-sistémico, tendencia reforzada por la antes mencionada naturalización del status-quo. Lo que ocurre es que si se reconoce a la sociedad vigente como válida, no es necesario preguntarse por la necesidad de un cambio. Es entonces cuando el árbol no deja ver el bosque. Si solo se es capaz de captar las manifestaciones superficiales y visibles de los procesos de movilización social, será muy difícil desentrañar la trama más profunda que estructura los conflictos.

Teniendo en cuenta estos antecedentes y la ruptura en la forma de conceptualizar los movimientos sociales ocurrida en los años ochenta, mencionada más arriba, el presente texto pretende (sin dejar de lado aquellas posibles categorías provenientes de las “teorías de la acción colectiva y los nuevos movimientos sociales” que puedan ser consideradas útiles para diferenciar matices y aspectos secundarios o terciarios del problema) enfatizar en cambio el análisis en base a los aspectos que tienen que ver primordialmente con el cambio y la transformación social, los enfrentamientos entre sectores y/o clases sociales, y las perspectivas anti-sistémicas<sup>12</sup> de los movimientos en su lucha por un modelo de sociedad diferente; perspectiva que facilita además el dejar de mirar a los movimientos sociales “desde afuera” interrogándose también sobre el lugar de la universidad y del sistema científico en los conflictos sociales. Sin lugar a dudas, los movimientos sociales en el contexto de desarrollo capitalista de las últimas décadas vuelven a sostenerse sobre los postulados básicos que definieron las protestas y los conflictos y las movilizaciones en el pasado (proceso más claramente visible en América Latina), en el sentido de que se los debe definir clara y contundentemente como movimientos modernos con reclamos modernos (por tierra, trabajo, salarios, precios, democracia, etc.), dejando así de lado cualquier interpretación que desde posiciones pos-estructuralistas, neofuncionalista y/o posmodernas, pretenden ver “nuevos” movimientos sociales que rompen así la continuidad con los históricos reclamos de los sectores explotados. Diferentes y diversos sí, pero no “nuevos” (como categoría absoluta) en contraposición con los “viejos”. Son “nuevos”, como catego-

---

<sup>12</sup> Al respecto, Wallerstein (2002) partiendo de su clásico análisis de la configuración sistémica del capitalismo, ha realizado últimamente algunos aportes a la visualización de los movimientos sociales como movimientos antisistemas que más que ayudar al análisis puntual de los movimientos sociales estudiados, puede ayudar a una interpretación histórica general del proceso de conformación de los mismos.

ría relativa, en tanto la modernidad produce por su propia dinámica manifestaciones renovadas de sus propias contradicciones. Es decir, lejos se está de enrolarse en los estudios inscriptos en las teorías que vuelven a rescatar la perspectiva del individualismo metodológico, como expresión del posmodernismo liberal; o de aquellas que desde una liviana interpretación del autonomismo, pretenden instalar un posmodernismo de izquierda, como por ejemplo, los análisis del Colectivo Situaciones<sup>13</sup> para la Argentina<sup>14</sup>

Es importante entonces priorizar, tal como lo hacen los propios movimientos sociales, la disputa, el conflicto, la lucha entre clases o fracciones de clase y la confrontación entre modelos de sociedad (en tanto movimientos en mayor o menor medida antagonistas al sistema). Se propone entonces, una mirada que ubica a los movimientos sociales como formas diversas de organización de conjuntos sociales (clases, fracciones de clase o incluso alianzas de clase) inmersos en relaciones sociales de antagonismo sociopolítico y cultural que por su misma configuración apuntan hacia algún tipo de lucha anti-status-quo<sup>15</sup>. Por lo tanto, más que ver a los movimientos sociales como ciertos actores específicos inscriptos en el mismo proceso de “enmarcamiento” que el resto de los actores del

---

<sup>13</sup> Por ejemplo los trabajos sobre el MOCASE (Movimiento Campesino de Santiago del Estero) y el MTD de Solano (Movimiento de Trabajadores Desocupados) del 2001, en los cuales se lee la realidad a partir de la fórmula del contrapoder y en donde se parte afirmando que “la política, ya no pasa por la política... la lucha por la libertad y la justicia, que en décadas anteriores tomaban enteramente la forma de la política, de la lucha por el poder y por el control del sentido de la historia, hoy transita en forma muy minoritaria por allí” (pp. 6)

<sup>14</sup> Para una crítica inteligente a las teorías posmodernas de izquierda ver Veltmeyer (2003)

<sup>15</sup> Esto implicará revisar las discusiones actuales sobre la noción de clase como aquella sostenida por Holloway (2004) que más que reconocer la existencia de una lucha entre clases constituidas, apela más bien a entender a la lucha de clases como un antagonismo incesante y cotidiano entre alienación y des-alienación, entre fetichización y des-fetichización.

sistema (es decir en un proceso de diferenciación interna funcional a la dinámica del sistema) se los deberá explicar en base a identificarlos como sujetos inscriptos en alguna variante de cambio social, de transformación de la sociedad, lo que implica que su posición de antagonista del sistema es el eje principal a partir del cual interpretarlo y no solo un elemento más de la larga serie de características con las cuales solo se logra inmovilizar descriptivamente a los movimientos sociales. Es que la identidad principal de un movimiento social es precisamente su posicionamiento crítico frente al modelo dominante, petitionando por algún tipo de cambio, sea este parcial o total.

Entonces, será importante considerar por sobre cualquier otro tipo de disquisiciones, estos factores que son vistos como ejes claves a la hora de estudiar cualquier movimiento social:

1) la posición estructural del movimiento social, lo que implica partir de la noción de lucha de clases para visualizar así al sujeto en su relación con las condiciones objetivas;

2) la posición estratégica del movimiento social, lo que implica prestar atención a las condiciones subjetivas que definen un tipo, grado y nivel de acción (de protesta, movilización y organización); y

3) la configuración histórica del contexto regional y global que define el marco socio-político, cultural y económico con el cual cada movimiento social interactúa.

Pero además, será fundamental tomar como base las siguientes consideraciones que definirán el marco de construcción de las categorías de análisis:

- Que el proceso de Movilización Social se construye históricamente (es decir sincrónicamente y no asincrónicamente como suelen analizar la realidad el individualismo metodológico)

- Que los procesos de movilización social mantienen una relación dialéctica con el proceso histórico de transformaciones en la relación Capital-Trabajo

- Que los procesos de movilización social se inscriben en algún contexto y proceso de Cambio Social (cualquiera sea el signo de este cambio)

- Que es fundamental ver las relaciones de los movimientos y organizaciones socio-políticas tanto con el resto de los sujetos, clases y fracciones de clase como con el Estado.

Para terminar, se proponen entonces, los siguientes aspectos a analizar en los procesos de movilización social (teniendo fundamentalmente en cuenta que todos ellos están dialécticamente relacionados y ninguna de ellos puede explicar por si solo el proceso complejo de la movilización social):

1. Base social del movimiento: cuales sujetos, sectores, clases y fracciones de clase lo componen.

2. Condiciones objetivas y posición estructural del movimiento y sus integrantes: las relaciones de clase, estamento, sector social en el contexto de la estructura socio-económica y política de la sociedad.

3. Las demandas concretas de los procesos de movilización social y como estas demandas se van transformando (o no) en el tiempo.

4. El Programa Político al cual responden las demandas, pudiendo estar este programa explicitado o no por parte de los movimientos.

5. Métodos y formas de lucha y acciones y actividades desarrolladas.

6. Alianzas: ya se con otras fuerzas sociales, movimientos, clases o fracciones de clases; que definirán las tácticas y estrategias del movimiento. Su relación con el programa político, el contexto histórico y las formas y métodos de lucha

7. La organización del movimiento: roles, funciones, recursos, etc.

8. Condiciones subjetivas de la organización del movimiento, los procesos de construcción de identidad, de aceptación de roles, liderazgo, etc.

Considerando, de esta manera, las contradicciones que motorizan el proceso socio-histórico se estará más cerca de poder abarcar la complejidad que implica un proceso de movilización social. Las luchas por la igualdad y la solidaridad, si bien en algunos casos pueden implicar ajustes del sistema, representan fundamentalmente procesos de movilización por un cambio social (sea este más o menos importante, más o menos radical). El desconocer esto, no solo conlleva a una producción de conocimientos poco ajustada a la realidad, sino que además define una posición política que por su propia naturaleza la hace incapaz de comprender cabalmente a la movilización social. Si desde los marcos teóricos se considera que la historia no puede cambiar, muy difícilmente se podrán observar sujetos trabajando por el cambio. Solo rescatando el rico historial de las ciencias sociales críticas en el estudio de los procesos de movilización social, es como actualmente se podrán comprender los “nuevos” fenómenos. Claro está, que esto implica asumir que la sociedad capitalista actual no necesariamente representa el fin de la historia.

## ***Bibliografía***

AZCUY AMEGHINO, Eduardo: Trincheras en la historia. Historiografía, marxismo y debates. Buenos Aires, Imago Mundi, 2004.

BIDASECA, K. Y D. MARIOTTI: “*Viejos y nuevos actores en la protesta rural en la Argentina*”. En, Giarraca (comp.), op. cit, 2001, pags. 167-202.

COLECTIVO SITUACIONES: *Movimiento campesino de Santiago del Estero MOCASE*, Situaciones 3. Ediciones de Mano en Mano, 2001.

COLECTIVO SITUACIONES: *MTD Solano*, Situaciones 4. Ediciones de Mano en Mano, 2001

CRAIG JENKINS, J.: “La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales”. En, Zona Abierta, n° 69, 1994, pp. 5-47.

DE DIOS, Ruben Eduardo: “*Movimiento agrario y lucha social. El caso del movimiento campesino en Santiago del Estero*”, En, Paula Lenguita y Guido Galafassi (comp.), Nuevas prácticas políticas insumisas en Argentina, aprendizaje para Latinoamérica, Buenos Aires, Libros en Red, 2004.

DURAND, Patricia: “*Movimientos campesinos contemporáneos: el caso del Movimiento Campesino de Santiago del Estero, Argentina*”. En, ALASRU, Análisis latinoamericano del medio rural, n° 2, diciembre 2005.

EISENSTADT, Samuel N.: Comparative Social Problems. New Cork, Free Press of Glencoe, Inc., 1964.

EISENSTADT, Samuel N.: Modernization. Protest and Change. New Jersey, Prentice Hall, Inc., 1966 (edición en castellano, Amorrortu, 2001, primera reimpresión).

GIARRACA, Norma (comp.): La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país. Buenos Aires, Alianza, 2001.

GIARRACA, N.: *La composición del mapa social*. En, Ñ, revista de cultura, n° 144, 1 de julio de 2006, pp. 18

GOMEZ, Marcelo: “Crisis del capitalismo, formas de conciencia y resurgir de la acción colectiva”, en Revista Theomai, Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo. Número especial, invierno 2002

GURR, Ted: *Why Men Rebel*. Princeton, Princeton University Press, 1970.

HOLLOWAY, John: *Clase  $\cong$  Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico*. Buenos Aires, Ediciones Herramienta y Universidad Autónoma de Puebla, 2004.

MCADAM, Doug: *Political Process and the Development of Black Insurgency 1930-1970*. Chicago, The University of Chicago Press, 1982.

MCADAM, D.: *Political Process and the Development of Black Insurgency*. Chicago, University of Chicago Press, 1982.

MCCARTY, John y Mayer N. ZALD: “Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory”. En, *American Journal of Sociology*, vol. 82, n°6, May 1977, pp. 1217-1218

MELUCCI, “An End to Social Movements?”, en *Social Science Information*, n° 4-5, vol. 23, London, SAGE, 1984

MELUCCI, Alberto: “*An end to Social Movements?*”. *Social Science Information*, n° 4/5, vol. 23, Londres, SAGE, 1984.

MELUCCI, Alberto: “Asumir un compromise: identidad y movilización en los movimientos sociales”. En, *Zona Abierta*, n° 69, 1994, pp. 153-180.

NAISHTAT, Francisco: “Acción colectiva y regeneración democrática del espacio público”, en Verweren, Quiroga y Villavicencio (comp.), *Filosofía de la ciudadanía*. Buenos Aires, Ed. Homo Sapiens, 1999.

OFFE, C.: Partidos Políticos y Nuevos Movimientos Sociales. Madrid, Ed. Sistema, 1996.

OFFE, Claus: “*New social movements: challenging the boundaries of institutional politics*”. Social Research, vol. 52, n° 4, 1985

OLSON, Mancur: The Logic of Collective Action. Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1965.

PARSONS, Talcott: Sociological Aspects of Collective Behaviour ... ????. 1942.

PETRAS, James y Henry VELTMEYER: “Los campesinos y el Estado en América Latina: un pasado turbulento, un futuro incierto”. En, Problemas del Desarrollo, vol. 33, n° 131, X-XII, 2002.

PIÑEIRO, Diego, E.: En busca de la identidad. La acción colectiva en los conflictos agrarios de América Latina. Buenos Aires, FLACSO, 2004.

SCHUSTER, F. y S. PEREYRA: “*La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política*”. En Giarraca (comp.), op. cit., 2001, pags. 41-64.

SCHUSTER, F.: *Las protestas sociales y el estudio de la acción colectiva*. En Schuster, Naishtat, Nardacchione y Pereyra (comp.), Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005, pp. 46.

SVAMPA, M. Y S. PEREYRA: Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras. Buenos Aires, Biblos, 2003, pp. 11-14.

TARROW, Sidney: El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política. Madrid, Alianza Universidad, 1997.

TILLY, Charles: “Modelos y realidades de la acción colectiva popular”, en Zona Abierta 54-55, Madrid, 1990.

TILLY, Charles: *From Mobilisation to Revolution*. New York, McGraw-Hill, 1978.

TOURAINE, A.: "An Introduction to the Study of Social Movements". En, *Social Research*, vol. 52, n° 4.

TOURAINE, A.: *Los Movimientos Sociales*. México, Ed. Almagosto, 1991.

VELTMEYER, Henry: "New Social Movements in Latin America: the Dynamics of Class and Identity". *Journal of Peasant Studies*, vol. 25, n° 1, 1997.

VELTMEYER, Henry: *Repensando las nueva política en América Latina: las trampas del contrapoder*. Mimeo, 2003.

WALLERSTEIN, Emmanuel: "New Revolts Against the System". *New Left Review*, núm. 18, 2002.